

cual recreaba con sus chistosas oportunidades; sus epigramas ocasionaban admiración y alguna que otra vez pasmaban, y últimamente, sabía cautivarse de los altos personajes con palabras halagüeñas y aduladoras, mientras que en su interior los monarcas, los filósofos, las mujeres, los pueblos, la virtud, los sentimientos más puros y todo el mundo no era más que un objeto de escarnio y mofa. Al estallar la revolución, se declaró partidario de sus doctrinas porque creyó que pudieran servirle de escala para subir á grande altura; echó á un lado la mitra que se oponía á su camino, y habiéndole faltado el apoyo de su amigo Mirabeau para poder dominar desde la tribuna, dedicó á la diplomacia la agudeza de su ingenio y la versatilidad de su incredulidad. En la asamblea tenía la astucia de hacer creer, guardando silencio, que revolvia en su mente ideas gigantescas; y él se manifestaba de vez en cuando con alguno de esos destellos que deslumbran á la multitud; pero tan luego como entró en la diplomacia, desplegó aquel talento especial, que no le abandonó jamás en el largo trascurso de sus años, prestando sus servicios con la misma desenvoltura ya á la república, ya al imperio, ya á la monarquía constitucional, ya á todas las formas gubernativas, revolucionarias ó monárquicas; pronto siempre á prestar su apoyo que hoy se ensalzaba; pero alargando la otra al que parecía en visperas de elevarse; considerando como virtud principal el buen éxito, como el más feo de los vicios, la ineptitud y la desventura, sin lealtad para ninguna causa ni sinceridad de convicción y colmando de caricias á cada paso de fortuna. Acostumbrado á sondear hasta en su fondo los sucesos políticos, atribuía los grandes resultados á causas muy ínfimas y su demasiada ligereza le impedía comprender la marcha progresiva de los acontecimientos; sin embargo, desde un principio supo vaticinar que la idea triunfante de la revolución, debía ser la paz, por lo que dirigió incesantemente sus esfuerzos á este objeto.

Bonaparte tuvo, pues, la mucha sagacidad de no adherirse á una sola fracción, sino de fundirlas todas. "El que gobierna con un partido, decía, más tarde ó más temprano viene á caer bajo su dependencia. No será yo el que caiga en este lazo; y soy del partido nacional, y me sirvo del que tenga capacidad y voluntad para marchar conmigo. El gobierno debe constituirse punto de centro de todos los partidos.

Llevado, pues, por tales ideas, creía de su interés erigirse en dictador. El marasmo á que había conducido los parasismos anteriores y la ineptitud innecesaria eran tales, que los franceses no pusieron coto á la dictadura, no echándola ni siquiera de ver, no descubrieron en él más que á la nación personificada y en su gloria la de ésta; la libertad parecía afirmarse aun más con la represión de los facciosos, la igualdad con las leyes acer-

tadas, el buen orden con la sustitución de los hechos á las teorías fantásticas; y todos creían duradero hasta lo infinito un estado de cosas que para Bonaparte no era más que, una época de transición. Avezando al pueblo á la unidad del poder, creía haber subido ya el primer escalón, paso que le debía conducir hasta el pináculo del poder á que aspiraba. Su fino arte consistía en avanzar paulatinamente sin alejarse de un punto fijo que Napoleón tenía como su estrella polar, para guiar la revolución al lugar que le tenía señalado [1].

No se publicaron más periódicos que los trece prefijados por el gobierno. La administración municipal, viciosamente repartida en un crecido número de municipalidades, fué distribuida en distritos; de suerte que la unidad se reconcentraba en los prefectos con objeto de que la acción de todos éstos bajo la dirección del Consulado biciese desaparecer la antigua escentralización: este sistema de administración uniforme y poderoso, no estaba basado sobre teorías abstractas, sino sobre los hechos existentes, y el telégrafo movido por el mandato de los cónsules, daba movimiento á todo. Los revolucionarios que anhelaban una igualdad perfecta, se encontraron entonces, después de haberse quitado todos los privilegios, en una gerarquía que nunca había sido vista en el antiguo gobierno monárquico, pues que los recuerdos del anterior régimen, juntos con el poder de acción de los jacobinos, habían engendrado un despotismo democrático, dirigiéndose sus disposiciones sistemáticas á reunir todas las inteligencias y todos los hechos en favor del soberano, no con leyes mezquinas y sugeridas por la pasión sino con fuerzas, valiéndose de los hombres y destruyendo sus doctrinas.

Bonaparte, después de haber hecho celebrar con toda solemnidad (19 de Febrero de 1800) las exequias de Washington [1], que ha-

[1] *Memorial de Sainte-Hélène*

[2] Aunque los franceses, como ha notado ya nuestro autor, conocieron desde un principio que Napoleón, primer cónsul, aspiraba á ceñirse las sienes con una corona, éste procuraba con astucia ocultar sus planes é ideas ambiciosas, ya proclamando doctrinas democráticas, ya hablando con respeto de los ilustres varones que se habían distinguido peleando por la causa de los pueblos. Pero á pesar de esto, sus discursos en favor de la democracia y del gobierno republicano, no tenían aquella fuerza y energía que dan un colorido especial á los sentimientos sinceros, que dimanar del corazón y de las propias convicciones. En prueba de ello nosotros vamos á insertar el corto manifiesto publicado por Napoleón, cuando se supo en Europa el fallecimiento del célebre Washington, y á continuación las palabras que el conde de Mirabeau pronunció en la asamblea nacional con motivo de la muerte de Franklin. Cotejando nuestros lectores estos dos documentos, podrán notar desde luego la diver-

bia sabido cimentar con tanto acierto una república, sujetándose á sus leyes, entró á los treinta años de su edad, con real y militar pompa en la mansión de los antiguos monarcas franceses, y dirigiendo la palabra á su secretario, le dijo: "Bourienne, ahora que estamos en las Tullerías es menester que nos mantengamos en ellas;" y al instante se organizó un real cortejo en el seno de su propia familia. Este gran acontecimien-

to merece ser consignado en la historia, porque produjo una nueva turba de monarcas, aptos ó no para el trono. Napoleón respetaba á su hermano José, como el primer representante de su propia familia y con especialidad lo destinaba para tratar la paz con que esperaba dar sosiego á la república. En Luciano aborrecía al republicano ingenuo, que tenía derecho más que ninguno para decirle la verdad, lo que lo hacía en gran manera acreedor á su reconocimiento; pero cosas semejantes son insostenibles para quien se haya elevado. A Luis, lo destinaba para el ejército, y á Gerónimo para la marina; y teniendo todos la misma confianza en la futura grandeza de su hermano, lo preparaban propalando ya lo que Napoleón no se atrevía aún á pronunciar. Su hermana Mariana, linda, joven y apasionada por los literatos, contrajo matrimonio con Pascual Baciocchi, oficial, y cambiaron ambos sus nombres verdaderos por los de Elisa y Félix; la hermosísima Paulina, que no había aún manchado su reputación, estaba ofrecida al general Leclerc, y Carolina, tan elegante y graciosa cuanto viva y ambiciosa, contrajo matrimonio, llevando un dote de treinta mil

El congreso ha ordenado á los catorce estados de la confederación, dos meses de luto por Franklin, y en este momento la América paga este tributo de veneración por uno de los padres de su constitución.

"No sería digno de nosotros, señores, unirnos á este acto religioso, participar á este obsequio hecho á la faz del universo, que más ha contribuido á propagarlos en toda la tierra? La antigüedad habría elevado altares á este vasto y poderoso genio, que en utilidad de los mortales, abrazando en su imaginación el cielo y la tierra, supo domar los rayos y los tiranos. La Francia, ilustrada y libre, debe á lo menos un testimonio de recuerdo y de pesar á uno de los más grandes hombres que jamás trabajaron por la filosofía y por la libertad.

"Propongo, pues, se decreta, que la asamblea nacional lleve luto durante tres días por Benjamin Franklin."

Es de notar que Napoleón en su manifiesto, ordena que se honre la memoria de Washington, al paso que Mirabeau propone su dictamen á la asamblea. Esta circunstancia marca el carácter de las dos épocas, dando á conocer que en la una mandaba el pueblo, en la otra el hombre del poder.

Nosotros, amantes del orden, lejos de adherirnos á las ideas revolucionarias ó aprobar la arbitrariedad y el despotismo, hemos querido consignar en esta nota estas pocas reflexiones, tan solo para dar á conocer la marcha que siguen los acontecimientos políticos en su desarrollo y en su fin.

(Nota del traductor.)

Paris, 18 pluvioso, año VIII [7 de Febrero de 1800].

Washington ha muerto. Este grande hombre peleó contra la tiranía, y consolidó la libertad de su patria: su memoria será siempre cara al pueblo francés como á todos los hombres libres de los dos mundos, especialmente á los soldados franceses, que como él y los soldados americanos han combatido por la igualdad y la libertad.

En consecuencia, el primer cónsul manda, que durante diez días se pongan lazos de crespon negro en todas las banderas y banderines de las tropas de la república.

Palabras de Mirabeau:

"Franklin ha muerto! El genio que libertó la América y derramó en Europa torrentes de luz, ha vuelto al seno de la Divinidad.

"Este sabio que dos mundos reclamaban, el hombre que se disputaban la historia de las ciencias y la historia de los imperios, no hay duda, ocupaba un rango elevado en la especie humana.

"Harto tiempo los gabinetes políticos han notificado la muerte de aquellos hombres que únicamente fueron grandes en el elogio fúnebre que de ellos se hizo. Harto tiempo la etiqueta de las cortes ha proclamado lutos hipócritas. Las naciones solo deben enlutarse por la pérdida de sus bienhechores. Los representantes de las naciones solamente deben recomendarles su reconocimiento para con los héroes de la humanidad.

francos á Murat, afortunado guerrero adicto al primer cónsul.

Por lo que parece, los laureles de Bonaparte no tuvieron fuerza bastante para dominar los afectos de Josefina Beauharnais, su esposa; sin embargo, su carácter pródigo, frívolo é intrigante, asimismo que la enemistad acérrima que ella abrigaba contra los jacobinos, porque pertenecía al cuerpo de la antigua nobleza, contribuyeron en gran manera con sus manejos al engrandecimiento de su esposo. Entre sus hijos, el mas querido por Napoleón era Eugenio, valeroso soldado á quien llevó consigo á Egipto; y Hortensia, educada por madama Capman, confidenta que fué de María Antonieta, contrajo enlace despues con Luis Bonaparte. Estos, que ya podian titularse príncipes, tenian en su derredor una corte de ayudantes de campo, hechuras de Napoleón y sus mas entusiastas admiradores. Entonces se organizaron tertulias de empleados, de militares y de sabios, entre los cuales descollaba Bonaparte. Las consortes ó amantes de aquellos, pertenecian casi todas al pueblo, y algunas eran tambien de cuna vulgar y entre estas las habia de poca educacion, lo que ocasionaba una mezcla tan estraña entre los actos inciviles que solian cometer, y los deslumbrantes atavíos y joyas que sus esposos ó amantes habian conquistado mas bien con la rapiña que con su valor.

La sociedad entera iba paulatinamente avezándose á una restauracion. Trascurrido el tiempo de combatir y de perecer, volvieron á tomar de nuevo su imperio la alegría en los goces de la vida. Los jóvenes, generacion moderna, despues de haber perecido violentamente la antigua, se vieron libres de la autoridad paterna, de las primogenituras, de los lazos de familia: los divorcios se verificaban muy fácilmente, en una época en que el matrimonio no se hacia consistir sino en la declaracion de un mero y recíproco consentimiento; el bello sexo, en bailes voluptuosos, hacia pompa de un deshonesto atavío á la antigua; y para contraponerse al cinismo puritano de la Convencion, se retribuian honores á las ramerías; se jugaba desenfrenadamente y se prodigaba el dinero, porque el adquirirlo no habia sido producto de trabajo é industria. El teatro tomó aspecto alegre y formas romanas; la ópera cómica y los versos jocosos, eran un vivo testimonio de que se habia hecho ya intolerable el peso de los pesados padecimientos; y las representaciones pacíficas divertian tanto como antes lo hacia la guillotina. En resoluciones, habian concluido las ideas y las costumbres de los primeros republicanos.

Los jacobinos que tenian mas teson, habian perecido; de los que quedaban, algunos se figuraban estar rodeados de puñales y amagados de tumultos; pero la mayor parte de ellos, habian puesto su mucha habilidad á la disposicion de un dictador cuyo carác-

ter enérgico armonizaba con sus ideas. Los realistas conocian ya que el nuevo camino conduciria á la restauracion monárquica, y se ilusionaban con la idea de que volverian los Borbones por medio de Napoleón; otros, conociendo que éste habia herido hasta el corazon á la revolucion, esperaban que tendria igual fin al de aquellos que se habian esforzado en contrarestarla. Por lo cual, la fermentacion entre las clases mas distinguidas de las provincias, se sostenian aun en la Bretaña, la baja Normandía, el Anjou, la Vendée; cobraban ánimo y predicaban otra vez la cruzada, teniendo inteligencias en Provenza y en el Languedoc, para alterar la tranquilidad en el país; pero Fouché extendia su vigilancia por do quiera y aunque lo toleraba todo, no por eso lo ignoraba. Bonaparte, por lo tanto, no dejaba de exhortar á todos para que se reconciliaran acogiendo bajo el pendon comun del amor á la patria, é insinuaba á los clérigos que en sus sermones propalasen ideas de fraternidad y concordia en la nueva marcha política, considerando que se habian abierto de nuevo las puertas del santuario para que cada uno pudiese ofrecer holocaustos en expiacion de los crímenes perpetrados en la revolucion. Al mismo tiempo se confió á Brunne el mando del ejército para apaciguar los movimientos revolucionarios; pero se confiaba mas en la intriga, en el soborno y en una afectada clemencia, separando la union entre los jefes, fomentando los celos, dando ascensos en el ejército á los principales realistas que se habian adherido al nuevo orden de cosas. Estos fueron, en efecto, deponiendo unos tras otros las armas, ó se las dejaron quitar de sus propias manos. Hasta Jorge Cadoudal, que era indómito guerrillero, se presentó en las Tullerías; pero no se dejó alucinar como tantos por aquel joven cónsul victorioso y pacificador, y se trasladó á Inglaterra abandonando su patria ya sosegada. Sin embargo, para disipar el miedo que habian concebido los republicanos, de que Bonaparte se convirtiera en un Monk; fueron pasados por las armas algunos realistas.

En efecto, la reforma de la antigua monarquía era escabrosa, pues que los Borbones no dejarían de satisfacer sus antiguos rencores. La rama de los Orleans podia lisonjearse de que la Francia la elevaria con agrado al trono, porque su alta cuna convenia al cuerpo aristocrático, y su popularidad manifestada en la revolucion á las clases inferiores; pero Luis Felipe, despues de combatir con los republicanos, los abandonó, y aunque de sumo talento, no tenia el suficiente valor para coger aquella corona que debia colocarse sobre sus sienes despues de tantos rodeos. Por otra parte, un pretendiente debia ó resignarse al silencio, ó mantener, á caballo; no era posible otra superioridad mas que la de la victoria: todos los partidos habian recurrido á la fuerza y á la insurreccion, y las bayonetas eran las que debian

servir de pedestal al nuevo trono. Bonaparte, que llegó á conocerlo con su sagacidad, corrió á los campamentos para recoger una corona reluciente entre el estampido de los cañones.

SEGUNDA COALICION.—CAMPAÑA DE INVIERNO.—PAZ DE LUNEVILLE.

La fortuna habia empezado ya á mostrarse con cara risueña á los franceses antes de que regresase Bonaparte de Egipto, por mas que lo quisiesen negar sus aduladores. El Austria, siempre recelosa de los rusos, tan luego como éstos le reconquistaron la Lombardia con la fuerza de sus bayonetas, hizo todo lo posible para que volviesen á su país. Pero el gabinete de Viena malgastaba su tiempo en vez de descargar golpes decisivos. El consejo áulico determinó [Agosto de 1799] trasladar al archiduque Carlos de la Suiza al Rhin, y á los rusos de la Lombardia á Suiza; no obstante que eran poco prácticos en el terreno y muy poco tiradores para la guerra de montaña.

Mientras Suwarof, por el difícil camino de San Gotardo procuraba unirse á sus demas tropas por el valle del Reuss, Massena, sacando buen partido de su imprudencia [25 de Setiembre de 1799], salió al encuentro de Korsakof, y por medio de hábiles evoluciones logró encerrarlo en Zurich. Suwarof, acosado por Lecourbe entre los desfiladeros del Reuss y el puente del Diablo, desembarcó en Altorf, y no encontrando embarcaciones para cruzar el lago, tuvo que introducirse por un valle angostísimo en el que esperimentó considerables pérdidas, y al salir de aquel paso, Massena le acometió por la retaguardia, y la neutralidad suiza fué violada por todos. Las cumbres solitarias de sus montañas resonaron con el estruendo de las armas homicidas; mas de veinte mil rusos y cinco mil austriacos perecieron en una batalla que duró quince días; los miserables restos del ejército conquistador llegaron al Rhin lastimosamente minorados; y Suwarof, quejándose de haber sido víctima del Austria, se negó á seguir combatiendo, y volvió á Petersburgo elevando altas quejas contra los turcos y borrachos tudescos. El czar Pablo, que cuando se le habian noticiado sus triunfos en Italia habia ordenado que se le rindiesen los mismos homenajes que á su persona, y se le conceptuase como el mas preclaro guerrero de todos los tiempos y países, entonces lo declaró infame, degradó á los oficiales en masa, no cuidándose de la suerte de los que habian caído prisioneros, y se enemistó con Austria tachándola de traidora y codiciosa tan solo de conquistar la Italia para sí.

He aquí cómo Massena salvó á Francia y dió á conocer que tambien los rusos podian ser vencidos. El príncipe Carlos, viendo debilitados todos sus proyectos, por los consejos de Viena, abandonó el mando. Tambien en Holanda los anglo-rusos, hostilizados por

Brunne, se vieron obligados á capitular; pero no restituyeron la escuadra.

La segunda coalicion contra Francia fué mas débil porque se pretendió estenderia demasiado, y de sus triunfos no sacó otro resultado que recíprocos rencores. En efecto, entre Inglaterra y Rusia se originaron desavenencias por la desgraciada expedicion á Holanda; entre Austria y Rusia por la ocupacion de Ancona y del Piamonte, pues que la dinastía austriaca, juzgando como destronados al papa y al rey de Cerdeña, queria reservar para sí sus dominios como conquista arrebatada á la república francesa [1].

“La alianza entre Austria y Rusia, dice el príncipe Carlos, se rompió como casi todas las coaliciones hechas por calculos de potencias iguales en fuerzas. La idea de una comun conveniencia, el prestigio de una confianza fundada en las mismas opiniones, preparan los primeros arreglos: la diferencia de pareceres sobre los medios de conseguir el objeto comun, difunde la mala inteligencia, la cual se aumenta al paso que los sucesos, cambiando el punto de vista hacen variar las circunstancias y frustrar las esperanzas; y finalmente llega el rompimiento cuando ejércitos independientes deben obrar de comun acuerdo. El anhelo natural de lograr la preeminencia en las prosperidades y en la gloria, excita las pasiones émulas de los jefes y de las naciones. El orgullo y los celos, la tenacidad y la presuncion nacen del conflicto de la ambicion y de las opiniones opuestas. Las contradicciones incansables exasperan mucho mas; y aun es una dicha que se deshaga semejante union sin que las dos partes vuelvan las armas una contra otra [2].”

La revolucion del 18 brumario habia causado placer á las potencias extranjeras que advertian en ella el restablecimiento del orden y la centralizacion gubernativa. En efecto, no habian querido nunca tratar con un gobierno que se variaba de tres en tres meses. En esta circunstancia muchos echaron de ver en Napoleón un genio organizador. Cuando éste hizo proposiciones de paz á Inglaterra, los whigs las apoyaron; pero Pitt manifestó en un elocuente discurso cuán poca confianza podia merecer una revolucion que habia perpetrado en diez años mas crímenes que la Francia desde su existencia, y un hombre que nunca habia respetado una

[1] El conde de Cobentzel en 1799 respondia al conde Panin: “¿Cómo podria exigirse la cesion de las tres legaciones que en el tratado de Tolentino se agregaron á la república cisalpina, conquistada por nosotros? Estas son una justa compensacion de los gastos de la guerra. No dudo que mi corte restituirá el Piamonte al rey de Cerdeña; pero habiendo sido Alejandria y Tortona separadas del Milanesado por la fuerza de las armas, por las armas deben volver otra vez bajo la dominacion austriaca.”

[2] Campagne de 1799, tom. II, pág. 275.